

Francisco Romero

Hasta que la vida  
nos separe

Baobab Teatro

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidas la reprografía y tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella, mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2009 Francisco Romero

Baobab Ediciones

San Francisco, 67. 13270 ALMAGRO

Tfno: 629915273

[www.ebaobab.com](http://www.ebaobab.com)

[pacoromero@ebaobab.com](mailto:pacoromero@ebaobab.com)

Toda la obra se desarrolla a lo largo de cinco escenas en el despacho de una psicóloga especializada en atender a mujeres maltratadas.

Personajes:

**MARÍA.** Una mujer de cuarenta años casada y que tiene dos hijos adolescentes.

**CARMEN.** Es una psicóloga de una edad similar a la de María.

## PRIMERA ESCENA

Carmen está leyendo un informe cuando suena el timbre. Deja los papeles sobre la mesa y sale. Regresa acompañada de María.

CARMEN. Puede sentarse.

MARÍA. Verá doctora, yo no sé por qué estoy aquí. Creo que ha habido un error en el volante que me han dado.

CARMEN. En primer lugar, yo no soy médico, soy psicóloga y me llamo Carmen. En cuanto a la razón por la que está aquí, incluso si se trata de un error, como usted piensa, la sabremos a lo largo de esta charla.

MARÍA. Tengo prisa. No tengo tiempo para hablar.

CARMEN. ¿Por qué ha venido si piensa que no dispone de tiempo y que la han enviado por error?

MARÍA. No lo sé. Tal vez porque confiaba en que usted me pudiera mandar al lugar correcto.

CARMEN. Es posible que pueda hacerlo, siempre

que sepa lo que le ocurre.

MARÍA. Ya se lo conté al otro médico y supongo que estará escrito en el informe que tiene.

CARMEN. Es cierto que tengo un informe en el que se me pide que hable con usted porque es posible que los síntomas que padece no tengan un origen orgánico.

MARÍA. ¿El informe dice que miento?

CARMEN. No, no dice eso. Dice que lo que a usted le ocurre se escapa de su ámbito. Lo mejor será olvidarnos del informe puesto que usted está presente y sus palabras me interesan más.

MARÍA. Así que he perdido el tiempo.

CARMEN. Yo creo que no, y si decide quedarse lo sabrá. La conversación puede durar lo que usted quiera y es posible que las dos averigüemos si su médico se ha equivocado o no. Le aseguro que a mí tampoco me gusta perder el tiempo.

MARÍA. (Mientras se sienta.) Está bien, hablaremos pero no creo que me pase nada que usted pueda

curar.

CARMEN. Es probable, aunque también puede ocurrir que no necesite cura, sino alguien que esté dispuesta a escuchar lo que tiene que decir y que pueda ofrecerle orientación.

MARÍA. No sé de qué me habla.

CARMEN. Empiece por contarme el motivo que le llevó a visitar a su médico de cabecera.

MARÍA. Fue hace tres semanas y acudí porque me dolía mucho la cabeza y me faltaban las fuerzas para llevar la casa. Creo que mucha gente acude al médico por algo parecido.

CARMEN. ¿Eso es todo lo que le dijo?

MARÍA. También le dije que apenas si puedo dormir de un tiempo a esta parte. Me despierto a las dos o las tres de la madrugada y me paso el resto de la noche en vela.

CARMEN. ¿Le hicieron pruebas?

MARÍA. Sí, me hicieron varias, incluso del corazón porque algunas veces siento un pinchazo en el

pecho que me ahoga y me cuesta respirar.

CARMEN. ¿Qué diagnóstico le dieron?

MARÍA. El médico me dijo que no padecía una enfermedad. Pensaba que se trataba de una depresión provocada por el exceso de trabajo y por la tensión que causaba la falta de reposo. Me recetó unos tranquilizantes y me dio un volante para que viniera a verla.

CARMEN. ¿Le ha ido mejor con los tranquilizantes?

MARÍA. No, y los otros síntomas tampoco han desaparecido.

CARMEN. ¿Qué piensa de que le haya enviado?

MARÍA. Le juro que no lo sé, aunque sigo sintiéndome mal y yo no estoy loca. Pero si continúo así puede que termine mal.

CARMEN. El hecho de que sea psicóloga no implica que usted padezca alguna enfermedad mental. Mi misión consiste en ayudarle a encontrar el problema que le impide llevar una vida normal, y no tiene por

qué tratarse de una enfermedad. Es evidente que algo la está trastornando y hemos de averiguarlo para ponerle remedio.

MARÍA. No sé lo que será, pero el caso es que cada día me siento más inútil, y esto es un sin vivir porque todo acaba mal. Cuando me levanto tengo miedo de estar enferma y no encuentro la manera de vencerlo y sacar el coraje para seguir adelante.

CARMEN. ¿Cuándo empezó a sentirse mal?

MARÍA. No se lo sabría decir con certeza, pero puede que haga un año desde que me empecé a sentir peor.

CARMEN. ¿Tiene familia?

MARÍA. Sí, tengo marido, un hijo de quince años y una hija de doce. Los chicos se encuentran en una edad muy mala, y hay días en los que siento que no puedo controlarlos. Yo creo que ellos lo notan y se aprovechan de mi debilidad, aunque no son malos chicos, solo un poco rebeldes.

CARMEN. ¿Su marido le ayuda con la educación de sus hijos?



MARÍA. ¿Mi marido?

CARMEN. Sí, su esposo y padre de sus hijos.

MARÍA. Mi marido siempre está muy ocupado con su trabajo para preocuparse por lo que ocurre en su casa.

CARMEN. ¿Ha hablado con él?

MARÍA. No es tan fácil como decirlo.

CARMEN. ¿Por qué? ¿Acaso no es también su casa?

MARÍA. Eso es algo de lo que no estoy segura.

CARMEN. ¿Tiene miedo de hablar con él?

MARÍA. Durante algún tiempo lo intenté, pero nada cambió y en los últimos meses hablamos lo justo.

CARMEN. ¿Cómo se comunican?

MARÍA. Yo hago mi labor ocupándome de lo que ocurre en la casa y administrando el dinero que dispongo para hacer la compra. Y cuando él llega, intento hacer las menos preguntas posibles. Otras veces él me dice lo que tengo que hacer y yo procuro obedecer.

CARMEN. ¿Y a usted le parece bien?

MARÍA. Ya no sé lo que me parece bien y lo que me parece mal, pero el caso es que Ricardo no solo no me ayuda en casa ni con los chicos. A veces pienso que me lo pone más difícil, por lo que prefiero no provocarle porque bastantes problemas tengo.

CARMEN. ¿Desde cuándo nota esa falta de colaboración?

MARÍA. Creo que desde que nos casamos, pero cuando los chicos eran pequeños resultaba más fácil de llevar porque tenía ilusión y podía con todo lo que me echaban. Ahora no puedo, la ilusión se ha esfumado. Solo me queda cumplir con el trabajo diario sin esperar ninguna recompensa, pero el dolor y la angustia no dejan de crecer y no encuentro la manera de descansar. No pido otra cosa.

CARMEN. ¿Se siente una mujer maltratada?

MARÍA. (Alterada.) Mi marido nunca me ha pegado.

CARMEN. ¿Sabe él que ha venido?

MARÍA. No, no se lo he dicho.

CARMEN. ¿Le asusta que su marido se entere de que ha venido a hablar con una psicóloga?

MARÍA. Estamos perdiendo el tiempo. No creo que hablando se pueda arreglar nada. Necesito tomar algo que me ayude a recuperarme de la depresión que siento y que me permita dormir...

CARMEN. Para sufrir durante el día.

MARÍA. Para lo que sea con tal de que no me falten las fuerzas.

CARMEN. Los tranquilizantes no ayudan a resolver los problemas, solamente los aplazan a cambio de crear una adicción que puede ser causa de nuevos conflictos. Pienso que existen otros métodos menos agresivos para enfrentarse a eso que llama depresión, pero para ello es necesario que se busque el origen y se le quiera poner remedio.

MARÍA. Yo ya he hecho todo lo que puedo hacer. No crea que no lo he intentado, pero sé que ya no va a cambiar nada. No soy una muchacha de veinte años

que pueda borrar lo vivido y empezar desde cero.

CARMEN. No hay una edad límite para tomar decisiones, y me parece que es una mujer bastante joven para resignarse a aceptar un destino que no ha elegido.

MARÍA. Puede que no sea vieja, pero tengo una familia que mantener y muchas cosas que me atan.

CARMEN. Perdone que le repita la pregunta, pero es muy importante que me conteste con sinceridad. ¿Se siente maltratada por su marido?

MARÍA. Él no es como esos sinvergüenzas que salen en la tele pegando a sus mujeres hasta matarlas. No, él no es uno de esos canallas.

CARMEN. ¿Cómo es?

María no contesta.

CARMEN. Existen varias formas de maltrato. El psicológico no es menos dañino que el físico, y puede ser el origen de que en ciertas ocasiones se produzca la tragedia sin que existan precedentes de agresiones. A veces no es necesario que el marido pegue a la

mujer, ella puede facilitarle el camino si se deja aplastar o renuncia a sentirse viva. Algo que comienza en depresión puede terminar en...

MARÍA. (La interrumpe, alterada.) Mi marido no tiene la culpa de que yo no pueda más. Él hace su trabajo y con el sueldo que gana podemos comer y vivir con cierta dignidad.

CARMEN. De cara a los demás pueden mostrar esa dignidad, pero a cambio de esa apariencia usted se está convirtiendo en una esclava subordinada a los caprichos de su marido.

MARÍA. Él sólo pide que le dejen tranquilo cuando llega cansado después del trabajo.

CARMEN. ¿Qué es para él estar tranquilo?

MARÍA. (Tarda en responder.) Creo que no lo sé. Me parece que cada día que pasa le conozco menos.

CARMEN. Supongo que tiene miedo, mucho miedo de hablar y de identificar sus propios sentimientos. Eso, por desgracia, es bastante normal en muchas mujeres.

MARÍA. Pero no es por lo que usted piensa.

CARMEN. Yo no juzgo. Estoy aquí para escucharla, y puede que ni siquiera pueda ayudarla con su depresión, pero es posible que si seguimos hablando pueda encontrar alguna pista que le sirva para salir del pozo donde se está metiendo.

MARÍA. En ese pozo del que habla ya llevo mucho tiempo metida y sé que nada me va a sacar de él.

CARMEN. Los tiempos han cambiado y la actitud de la mayoría de la gente también. Lo de la mujer en casa con la pata quebrada se debe y se puede evitar. Existen medios en todos los ámbitos para ayudar a las mujeres maltratadas. Hay muchas puertas a las que llamar donde se ofrece salida a las mujeres que sufren en su relación de pareja.

MARÍA. Para mí es tarde, demasiado tarde.

CARMEN. ¿Por qué es tarde? Apenas si ha vivido cuarenta años, menos de la mitad de la media de vida para una mujer. Creo que es muy pronto para cerrarse las puertas de la esperanza.

MARÍA. Sus palabras suenan muy bien. Escuchán-

dola parece que todo es fácil. Desde un despacho y con un buen sueldo es sencillo resolver los problemas familiares, pero dentro de una casa, cuando una se siente avasallada y piensa que no puede ni con su alma, sus palabras sirven de muy poco mientras el miedo no deja de crecer. Supongo que eso es algo que no se explica en los libros.

CARMEN. Todos los datos que manejamos no vienen en los libros ni se estudian en la universidad. La vida es la mejor escuela, y algunos los hemos conocido muy de cerca

MARÍA. ¿Usted también...?

CARMEN. Estamos hablando de su caso.

MARÍA. Me marchó. (Se levanta).

CARMEN. ¿Para siempre?

MARÍA. No lo sé, pero me parece muy difícil que nos podamos entender.

CARMEN. Si no desea que dentro de unos años su hijo se parezca a su padre y que su hija caiga en el mismo pozo que usted está cavando, tal vez no sea

demasiado tarde y quede margen para actuar.

María comienza a llorar y cae abatida en el sillón.

CARMEN. ¿Qué le ocurre?

MARÍA. No se preocupe, enseguida se me pasa.

CARMEN. Algo ha ocurrido que ha provocado el llanto. Considero que es muy importante saber la causa que lo ha provocado. A veces, en un pequeño detalle se puede encontrar la clave de todo el dolor.

MARÍA. No es el momento, ahora tengo que marcharme.

CARMEN. ¿Y alguna vez encontrará el momento?

MARÍA. Sí, creo que sí.

CARMEN. Entonces puede regresar cuando lo desee y es posible que encontremos un atajo que le permita hallar una salida para la angustia que siente.

María se queda mirando a Carmen y no se atreve a hablar. Se marcha cabizbaja.

CARMEN. (Mientras se cambia.) El miedo, siem-



pre el miedo, y no hay nada que aterre más que la soledad. La mayoría de las mujeres cuando nos casamos creemos que hemos vencido a la soledad, pensamos que formando nuestra propia familia estaremos amparadas por una misión que cumplir que otorgue sentido a nuestra vida, pero eso no siempre se produce y el miedo se recrudece hasta producir la angustia y el pánico. Aquellas que somos creyentes sentimos una losa que nos aplasta y que puede convertirse en una siniestra profecía. Hasta que la muerte nos separe, hasta que la muerte nos separe. Quien escribió estas palabras que parecen un epitafio debía ser alguien incapaz de comprender que el amor y la muerte no deben seguir el mismo camino.

Carmen sale.

## SEGUNDA ESCENA

Regresa Carmen acompañada por María.

CARMEN. Me alegro de que haya vuelto. Confíaba en que lo hiciera.

MARÍA. Yo no confiaba.

CARMEN. ¿Qué le ha hecho volver?

MARÍA. No estoy segura. Puede que se deba a que no tengo a nadie más con quien hablar sin sentirme culpable.

CARMEN. Y desea hablar.

MARÍA. Ya no sé lo que deseo, pero supongo que no pierdo nada por intentarlo, solo el tiempo y el mío ya no vale mucho.

CARMEN. ¿Ha seguido tomando tranquilizantes?

MARÍA. No, llevo una semana sin tomarlos. He decidido esperar unos días para ver si existe otro remedio, aunque le confieso que no tengo mucha confianza en que esto me pueda ayudar.

CARMEN. Lo que hablemos será útil en la medida

que usted quiera. No existe una receta mágica que nos vacune contra aquello que produce la angustia, pero sí puede servir para que recobre cierta fortaleza que le permita enfrentarse a situaciones que habitualmente le superan.

MARÍA. Últimamente todo me viene grande, y cuando me quedo sola tengo unas ganas enormes de llorar, sin saber por qué.

CARMEN. Como el otro día.

MARÍA. ¿A qué se refiere?

CARMEN. El otro día lloró y dijo que no sabía por qué lo hacía.

MARÍA. Sí lo sabía, pero entonces no me atrevía a hablar de ello.

CARMEN. ¿Puedo entender que hoy sí se atreve?

MARÍA. Puedo intentarlo.

CARMEN. (Consultando sus notas.) Creo que acababa de decirle que todavía tenía margen para actuar si no quería que su hijo pudiera seguir los pasos de su padre y...

MARÍA. (Cortándola.) Sé muy bien lo que pasó. Empecé a llorar porque en aquel momento recordé cuando habían empezado los dolores más intensos y la angustia se hizo insoportable.

CARMEN. ¿Qué pasó?

MARÍA. Un día nos llamaron del instituto donde estudiaba Javi. Dijeron que teníamos que ir a hablar urgentemente con una profesora y con el director. Mi marido siempre se ha desentendido de los estudios de los chicos. A Ricardo le basta con que aprueben, pero ese día fuimos juntos.

CARMEN. ¿Qué les dijeron?

MARÍA. Que los padres de una compañera habían denunciado a Javi. Decían que otro muchacho y él se pasaban todo el tiempo insultándola y le habían amenazado varias veces con darle una paliza y grabarla con el teléfono móvil. La chica estaba acobardada y no quería ir a clase.

CARMEN. ¿Cómo reaccionaron?

MARÍA. Yo me sentía avergonzada porque se trataba de un tema muy delicado. Me resistía a creer

que Javi fuera capaz de hacer algo tan horrible, aunque tampoco era capaz de poner la mano en el fuego por su inocencia.

CARMEN. ¿Cuál fue la actitud de su marido?

MARÍA. Nunca lo he visto tan exaltado. Se puso rojo y se le hincharon las venas del cuello. Parecía que le iba a dar un infarto, pero sólo era la antesala de su ira. Dijo que todo era una sucia mentira y no pensaba permitir que por las palabras de una golfa se condenara a un inocente y se pusiera en entredicho a su familia. (Se calla y se limpia con un pañuelo.)

CARMEN. Supongo que habría algo más.

MARÍA. Yo traté de calmarlo, pero el siguió amenazando al director, a la profesora y a todo el que se pusiera a tiro. Tuvieron que llamar a un guardia de seguridad para que lo controlara antes de que hiciera alguna barbaridad.

CARMEN. ¿Cómo se arregló el asunto?

MARÍA. Tuvimos que cambiar a Javi de instituto para evitar que el tema se agravara.

CARMEN. ¿Hablaron con su hijo?

MARÍA. Todavía no he terminado.

CARMEN. Disculpe.

MARÍA. Iba a decirle que lo peor de todo ocurrió cuando llegamos a casa. Mi marido llamó a Javi. Yo pensaba que iba a hablar con él para exponerle lo que había pasado y que nos contara su versión, pero no lo llamó para reprenderle por su acción vergonzosa, sino para decirle que le iba a dar una lección sobre las mujeres que nunca debería olvidar.

CARMEN. ¿Qué le dijo?

MARÍA. Que debía tener mucho cuidado en calibrar a quien se acercaba porque muchas mujeres empiezan a ser unas golfas cuando son unas crías y solo quieren fastidiar a los hombres, aunque él lo dijo con otras palabras más fuertes y vergonzosas.

CARMEN. Creo que no hay mucho que decir sobre ese comentario. En realidad sirve para definir el concepto de las mujeres que tiene su esposo y lo que pretende enseñarle a su hijo.

MARÍA. En ese momento sentí que mi vida se derrumbaba. A las opiniones de mi marido estaba acostumbrada, pero que Javi pudiera seguir su camino suponía un golpe demasiado bajo.

CARMEN. No es extraño que sufra todos los síntomas que cuenta. Lo que ha tenido que soportar es suficiente motivo para caer en una grave depresión, y me temo que no dejará de crecer mientras se vea obligada a guardar silencio. Cada día se sentirá más débil.

MARÍA. Todo lo que intento me sale mal. Ya no sé lo que puedo hacer para que la situación cambie.

CARMEN. Lo primero es saber si está dispuesta a hacer algo, porque una cosa es el deseo de que haya un cambio, y otra muy distinta es ponerse en marcha para provocarlo. Le puedo asegurar que en estos casos los milagros no ocurren.

MARÍA. Claro que me gustaría hacer algo, pero no sé cómo.

CARMEN. No se agobie, no lo tiene que hacer usted todo. Sabemos que es muy difícil cambiar la di-

námica que se lleva durante años cuando se tiene miedo. Por eso hay una serie de profesionales de distintos campos, entre los que me incluyo, que trabajamos para que las mujeres maltratadas puedan salir de la condena que sufren y recuperar una vida que no esté marcada por el miedo. Estamos psicólogos, médicos, asistentes sociales, la propia policía, los centros de la mujer y hasta distintas asociaciones. Entre todos nos ocupamos de que el proceso de liberación no se convierta en otra forma de tortura, como llegó a ocurrir en el pasado cuando las mujeres que se atrevían a denunciar las vejaciones tenían que soportar situaciones humillantes por la falta de comprensión que recibían. Mi labor como integrante de esta estructura consiste en conocer los antecedentes y en tratar de conseguir que recobre la autoestima suficiente para que inicie el movimiento.

MARÍA. ¿Qué quiere saber?

CARMEN. Ante todo que hable sin sentirse cohibida. Nada de lo que diga va a salir de aquí y es muy importante que no se guarde información, aunque le cause pudor o miedo.



MARÍA. Lo intentaré.

CARMEN. ¿Cuánto tiempo lleva casada?

MARÍA. Diecisiete años.

CARMEN. ¿Trabajaba cuando se casó?

MARÍA. Trabajaba de dependienta en una mercería. Yo no pude estudiar en la universidad. Me quedé en el instituto y no tuve la oportunidad de elegir un buen trabajo.

CARMEN. Eso no significa nada. La capacidad de una persona no se mide por el tiempo que ha pasado estudiando ni por el trabajo que desempeña. ¿Le gustaba su trabajo?

MARÍA. No era un trabajo ideal, pero me permitía cierta autonomía y me gustaba tratar con la gente.

CARMEN. ¿Siguió trabajando después de la boda?

MARÍA. No, mi marido se negó. Él tenía un buen puesto en una empresa de distribución de alimentos y no quería que su mujer trabajara en una tienda de cara al público porque eso no le dejaría en buen lugar.

CARMEN. ¿Qué considera como un buen trabajo para su mujer?

MARÍA. Me parece que ninguno le parece bueno porque a todo le encuentra pegas. No he vuelto a trabajar, a pesar de que varias veces se lo pedí. Incluso podría hacerlo en su propia empresa.

CARMEN. ¿Sigue su esposo con la distribución?

MARÍA. Desde hace cuatro años es gerente de un supermercado, y varias veces ha tenido que contratar a cajeras y personal para reposición de mercancías, pero yo no era adecuada para ocupar una plaza, aunque en ese caso tenía una buena excusa. No quería que alguien pudiera pensar que se aprovechaba de su cargo para favorecer a su familia.

CARMEN. ¿Cómo trata su marido a los empleados que tiene bajo su responsabilidad?

MARÍA. En el trabajo su actitud es muy diferente a la que tiene en casa. Para él es fácil mostrarse encantador con sus empleadas, sobre todo con las cajeras que son más jóvenes y guapas. Ante ellas parece un hombre divertido y tolerante, aparte de que es muy

respetado por sus jefes porque el negocio da beneficios.

CARMEN. Cuando están en público, ¿cómo se porta con usted?

MARÍA. No entiendo.

CARMEN. Me refiero a si se muestra amable, o si, por el contrario, no tiene reparo en tratar de menospreciarla.

MARÍA. Tendría que hacer un gran esfuerzo para recordar la última vez que fue amable. Él no tiene inconveniente en ridiculizarme en cuanto puede para demostrar que está por encima de mí.

CARMEN. ¿Cree que él le ha sido infiel?

MARÍA. No es difícil llegar a esa conclusión, aunque creo que bastante menos de lo que él quisiera porque no es un hombre especialmente atractivo, y en el fondo es un reprimido que no sabe expresar sus sentimientos.

CARMEN. ¿Tiene celos?

MARÍA. En otro tiempo los tuve, pero le aseguro

que eso ya no me duele. En estos momentos no me importaría que se fuera con otra mujer, creo que hasta lo viviría como una bendición, pero eso no va a ocurrir porque es un cobarde. Es más cómodo tenerlo todo arreglado en casa y jugar a ser muy macho antes que tomar decisiones que obliguen a comprometerse.

CARMEN. Efectivamente, esa es una característica que se repite con bastante frecuencia en cierto tipo de hombres. El mal trato nace de su propia debilidad, de la incapacidad para enfrentarse a la soledad. Son individuos que necesitan depender de su pareja, aunque lleguen a odiarla y solo puedan relacionarse a través de la opresión. Supongo que él sí es celoso.

MARÍA. Sí, muy celoso. Sospecha de todo lo que hago, aunque no le he dado pie para que lo sea.

CARMEN. ¿Le hubiera gustado que los celos fueran justificados?

MARÍA. Supongo que en ciertos momentos no me hubiera disgustado, pero ahora no son los celos lo que me preocupa.

CARMEN. ¿Qué le preocupa?

MARÍA. Saber que no hay salida, que para mí no queda la posibilidad de dar marcha atrás, y que tengo que seguir adelante con la condena que me impuse el día de la boda.

CARMEN. Siempre hay salida, también para las mujeres con hijos y sin trabajo. Una sociedad moderna no puede permitir que alguien tenga que sufrir un castigo porque no disponga de medios para ser libre.

MARÍA. Supongo que en la teoría será así.

CARMEN. No solo en la teoría, las estadísticas reflejan con claridad los muchos casos que encuentran solución.

MARÍA. Supongo que esas estadísticas también indican que mueren muchas mujeres al año que no debían morir.

CARMEN. Demasiadas, y cada uno de esos casos es una tragedia injustificable, pero más de treinta mil mujeres encuentran una salida a su drama y pueden reconducir su vida con libertad y sin miedo. Eso también hay que tenerlo en cuenta.

MARÍA. ¿Tantas hay que lo pasan mal?

CARMEN. Puede que las mismas que siempre, pero muchas están superando el miedo a denunciar su situación. El saber que hay personas dispuestas a escucharlas y a tomar medidas protectoras les sirve de escudo, aunque no siempre se puede evitar la tragedia.

A María le cuesta seguir hablando.

CARMEN. ¿Sabe cómo fue la situación que vivió su marido en su familia?

MARÍA. ¿A qué se refiere?

CARMEN. A que muchos maltratadores han visto situaciones muy violentas en su propia casa y a veces lo han sufrido en sus propias carnes.

MARÍA. Él no habla nunca de lo que ocurrió en el pasado. Sus padres murieron poco después de que nos casáramos, pero su padre era un hombre muy violento que lo tenía por un inútil, y su madre parecía una mujer amargada.

CARMEN. ¿Su marido ejerce control sobre todo lo que hace y trata de condicionar su manera de actuar?

MARÍA. Desde luego. Todo hay que hacerlo como él manda y es mejor no llevarle la contraria sobre lo que piensa, porque siempre lleva razón. Nunca permite que otro diga la última palabra, al menos en casa.

CARMEN. ¿Alguna vez le ha dicho que quiere el divorcio?

MARÍA. Una vez, no hace demasiado tiempo. Le dije que si me seguía despreciando me iba a separar de él.

CARMEN. ¿Qué le respondió?

MARÍA. Me dijo que si quería conocerlo enfadado se lo volviera a decir, y si lo hacía me tendría que atener a las consecuencias.

CARMEN. ¿Cree que él sería capaz de pegarle?

MARÍA. Después de lo ocurrido en el instituto, pienso que nada me podría sorprender, aunque no creo que sus golpes me hicieran más daño que lo que ya he soportado. Lo más duro de todo es darte cuenta de que vives con un desconocido, que a tu lado duerme alguien de quien no te puedes fiar, que no importa las cerraduras que se pongan en la puerta porque el

peligro no está en la calle.

CARMEN. ¿Qué le causa más miedo, la actitud denigrante de su marido o reconocer públicamente que su matrimonio ha fracasado y tomar medidas para romperlo?

MARÍA. Lo primero ya lo conozco, y es terrible porque el temor no mengua con el paso del tiempo. En cuanto a lo segundo, no sé cómo podría afrontarlo. Lo veo como un muro enorme que no soy capaz de trepar.

CARMEN. ¿Tiene buenas amigas, o algún familiar en el que pueda confiar para hablar de lo que le ocurre?

MARÍA. Todas las amigas las he ido perdiendo con el tiempo. Mi marido, poco a poco, y con mi consentimiento, me ha obligado a alejarme de la gente que quería hasta quedarme aislada, sola con mis hijos, porque a ellos no renuncio.

CARMEN. En ningún momento se contempla esa posibilidad. ¿Cómo se relaciona él con sus hijos?

MARÍA. Con frialdad, como si fueran dos emplea-



dos más. Lo que le he contado de su charla con Javi suponía una excepción. Él nunca ha tratado de conocerlos. Les da recompensa cuando cree que han hecho algo bien y les hecha una bronca cuando piensa que se equivocan, pero sus criterios son caprichosos y continuamente están cambiando. Lo que hoy es bueno mañana no sirve. Los chicos mantienen la distancia con él porque no saben cómo tratarlo. Es un hombre que no ha sabido ser padre y jamás ha disfrutado con sus hijos, y ellos no se han encontrado con su apoyo cuando lo han necesitado. Una familia no se puede gestionar como una empresa.

CARMEN. Me parece que si quiere solucionar lo que le angustia, le corresponde tomar una decisión que no debe demorar en el tiempo. Por un lado tiene la opción de iniciar los trámites de la separación contando con las amenazas de su marido. Por otro lado tiene la posibilidad de continuar cerrándose puertas, sin que ello suponga que deje de sentirse amenazada.

MARÍA. Qué difícil es iniciar el movimiento.

CARMEN. Creo que debería visitar una asociación de mujeres maltratadas para que le hablen de sus

experiencias. Para ellas tampoco ha sido fácil. Cada una de las historias que le pueden contar se sitúa al límite de la tragedia, pero me parece que ninguna lamenta la decisión que tomó.

MARÍA. Pero muchas de ellas siguen en peligro.

CARMEN. ¿Usted está fuera de peligro? ¿La resignación le garantiza que su marido no la va a maltratar?

MARÍA. No, no me la garantiza.

CARMEN. Las estadísticas no recogen los datos de las mujeres que han muerto suicidadas, o a causa de una depresión. Incluso hay enfermedades que pueden ser provocadas por la angustia. En esos casos no se habla de maltrato, pero en muchos lo hay, aunque la víctima no quiso tomar medidas y lo pagó con su vida mientras el marido lloraba en el entierro y quedaba como un pobre viudo.

MARÍA. ¿Dónde hay que dirigirse?

Carmen coge una tarjeta de la mesa y se la entrega.

CARMEN. Esta es la dirección, y no es necesario que se avergüence de lo que le ocurre porque las personas que va a conocer han vivido una situación muy parecida a la suya.

MARÍA. Es posible que vaya a verlas.

CARMEN. ¿Y volverá para contármelo?

MARÍA. Eso espero.

María se levanta y se marcha.

CARMEN. El primer paso para solucionar un problema es reconocer su existencia y situarlo donde corresponde. Las mujeres cuando nos casamos tendemos a considerarnos culpables de todo lo que nos ocurre, como si el día de la boda nos concedieran un gran saco que tenemos de llenar con aquello que suceda durante el matrimonio, pero puede llegar un momento en que de tanto echar peso el saco revienta o nos aplaste, aunque también podemos vaciarlo de aquello que no es nuestro y que se trata de una carga que no nos corresponde llevar. Qué difícil es distinguir nuestra carga de la basura ajena.

Sale.

## TERCERA ESCENA

Entra María, parece impaciente hasta que aparece Carmen.

CARMEN. Perdone el retraso pero me han llamado del juzgado para hacerme una consulta.

MARÍA. ¿Se trata de alguna mujer maltratada?

CARMEN. Sí.

MARÍA. ¿Es muy grave?

CARMEN. Siempre que una mujer es maltratada por su pareja se trata de un tema muy grave. Al menos en este caso se ha actuado a tiempo y parece que la mujer superará el trance.

MARÍA. Debe ser un proceso muy largo y doloroso. Tiene que ser muy difícil salir adelante y comenzar una nueva vida.

CARMEN. Yo pienso que diecisiete años de convivencia con un hombre que la maltrata no deben ser más cómodos de soportar, aunque no haya llegado a agredirla.

MARÍA. No, es cierto que no es fácil. Durante bastante tiempo he creído que la situación podría cambiar, que Ricardo llegaría a comprender que no estaba siendo justo con su familia, pero cuando llega el día en que te das cuenta de que el cambio es imposible, las horas se hacen eternas. Cada noche cuando me vence el insomnio siento un peso que me ahoga. Tengo miedo de salir de la cama, pero también lo tengo de estar tan cerca de él. Ricardo todavía ronca a esas horas porque falta tiempo para que amanezca. No es agradable escucharlo, pero prefiero soportar sus ronquidos a verlo despierto. Entonces me digo que yo tengo la culpa de todo lo que me pasa.

CARMEN. Vuelven a aparecer las culpas.

MARÍA. Pero esta vez no es por lo que ha ocurrido durante el matrimonio, sino por lo que pasó antes.

CARMEN. ¿Cuándo empezó a sentirse culpable?

MARÍA. ¿Quiere que le diga la verdad?

CARMEN. Supongo que me la está diciendo desde el primer día que vino. De lo contrario estos encuentros carecerían de sentido, y ambas habríamos

perdido el tiempo.

MARÍA. Antes de casarme ya me sentía culpable.

CARMEN. ¿Por qué?

MARÍA. Supongo que no estaba convencida de la decisión que iba a tomar. Cuando me hice novia pensaba que Ricardo no era el hombre de mi vida, pero la posibilidad de quedarme sola cuidando a mis padres me angustiaba más que una equivocación.

CARMEN. ¿Antes de casarse se dio cuenta de que su marido podría ser conflictivo?

MARÍA. No creo que llegara a pensarlo, aunque tampoco sé muy bien lo que pensaba. Cuando tenía veinte años estaba llena de dudas. En el fondo era una cría, pero pensaba que yo iba más despacio que las demás y tenía prisa por avanzar. A mis amigas no les habían faltado pretendientes desde los quince años y puede que me sintiera acomplejada porque no era la más mona de la panda.

CARMEN. ¿No salió con otros chicos?

MARÍA. Conocí a algunos muchachos atractivos

que no me prestaron excesiva atención y recibí con alivio la aparición de Ricardo porque era mejor que seguir sola, aunque no lo viera como el hombre de mis sueños, pero al menos no me sentía acomplejada ante mis amigas porque había alguien que estaba pendiente de mí.

CARMEN. ¿Pensaba que iba a tratarse de una relación temporal que serviría para acercarle a otros hombres más interesantes?

MARÍA. Puede que lo pensara, pero pronto me di cuenta de que no iba a ser así y que nuestro noviazgo iba en serio.

CARMEN. ¿Cómo era la actitud de él?

MARÍA. Por entonces ya demostraba que era un muchacho bastante reservado y celoso. Le había dejado su anterior novia y estaba dolido, aunque siempre lo negó. Por entonces yo interpretaba sus celos como una prueba de amor al demostrar que no quería perderme. Entonces no parecía un hombre agresivo, o puede que yo no supiera interpretar algunos síntomas.

CARMEN. ¿Qué síntomas?

MARÍA. Principalmente el control que ejercía sobre todo lo que hacía y su tendencia a desconfiar de lo que le contaba. Todo había que hacerlo como él quería. Ya por entonces resultaba muy difícil que reconociera un error, aunque esa aparente seguridad podía parecer una virtud porque yo estaba llena de dudas.

CARMEN. Ya ha podido comprobar cómo han evolucionado esos síntomas con el paso de los años.

MARÍA. En aquellos tiempos yo no me detenía a analizar lo que ocurría. Era mi novio y debía aceptarlo como era. Yo tenía ilusión por vivir en mi propia casa y creía que la convivencia y los hijos nos convertirían en una familia unida y feliz. Puede que entonces fuera muy ingenua y esté pagando las consecuencias.

CARMEN. Casi todas las mujeres lo somos cuando nos sentimos débiles. Creemos que la firmeza ajena nos hará más fuertes. Supongo que también ejercerá un control severo sobre todos los gastos que realiza.

MARÍA. Sí, él cree que todo lo que gasto es excesivo y que le consiento demasiados caprichos a los chicos, pero tengo que hacer auténticas filigranas para



llegar a fin de mes con lo que asigna para los gastos de su familia. Ya no recuerdo cuándo me compré el último vestido que no fuera de rebajas.

CARMEN. Todo lo que cuenta va en la misma dirección.

MARÍA. He estado pensando mucho en lo que hemos hablado durante las otras sesiones.

CARMEN. ¿Ha llegado a alguna conclusión?

MARÍA. Voy adelante con la separación. Estoy decidida a asumir el riesgo de enfrentarme a mi marido.

CARMEN. ¿Qué le ha llevado a tomar la decisión?

MARÍA. Lo que me ha dicho ha sido muy importante, tanto como acudir a un centro de mujeres maltratadas para que me contaran sus experiencias y me hablaran de otras alternativas de cara a enfrentarse al futuro.

CARMEN. ¿Qué impresión sacó de esa visita?

MARÍA. Que merece la pena intentarlo, a pesar de que para todas se tratara de una decisión traumática, pero duele mucho más el silencio y la resignación de

la derrota. Mientras se lucha por alcanzar la libertad existe la ilusión de que la vida mejore, de la otra manera no hay margen para la esperanza.

CARMEN. Cierto.

MARÍA. Me han contado casos extremos en los que parecía imposible la salida y lo han conseguido a base de voluntad y coraje, y también gracias al apoyo recibido.

CARMEN. Ya le dije que nunca es demasiado tarde para enfrentarse al dolor. ¿Ha hablado con alguien más de su decisión?

MARÍA. Sí, a través de la asociación me han puesto en contacto con una abogada muy competente. Ella me ha informado de los derechos que tengo y de los pasos que es preciso dar si la situación se vuelve peligrosa. También me ha dicho que cada día hay más programas de formación para ayudar a que las mujeres no queden desamparadas tras la separación y puedan integrarse al mercado laboral.

CARMEN. Eso es cierto. Hay varias vías para encontrar un trabajo. Hasta ahora era una labor que se

realizaba a través de las instituciones públicas, pero poco a poco alguna empresa privada está reaccionando, con lo que el abanico de posibilidades de amplía, aunque hay que reconocer que todo lleva su tiempo. Acceder al mercado laboral no es fácil para cualquier mujer, y resulta más complejo cuando se lleva varios años sin trabajar.

MARÍA. Yo estoy preparada para trabajar en lo que sea. Nada me asusta. Incluso estoy dispuesta a fregar escaleras o a cocinar en un restaurante.

CARMEN. Me alegro de que haya estado tan activa desde que se marchó. Esa es una buena señal.

MARÍA. He estado pensando en todas las posibilidades que se me plantean de cara al futuro.

CARMEN. Supongo que le habrá dolido menos la cabeza y no se habrá sentido tan aplastada.

MARÍA. La angustia persiste, pero de una manera diferente y es cierto que no me duele tanto la cabeza.

CARMEN. Puede que tenga ansiedad por actuar.

MARÍA. Quizás sea esa la palabra, ansiedad por-

que todo pase rápido.

CARMEN. ¿Le ha planteado la situación a su marido?

MARÍA. Todavía no he encontrado el momento adecuado, pero se lo voy a decir esta misma semana. Ya no puedo esperar más y creo que ahora me siento fuerte.

CARMEN. ¿Cómo cree que responderá?

MARÍA. Mal, muy mal, pero el miedo ya no me puede.

CARMEN. Tendrá que hablar muy seriamente con sus hijos porque su destino también está en juego y es importante que sepan a lo que se enfrentan.

MARÍA. Lo sé.

CARMEN. ¿Piensa que sus hijos la respaldarán cuando se enteren de su intención?

MARÍA. No es fácil de saber, pero ellos ya son mayores y han sufrido en su propia piel las consecuencias del desprecio y los malos tratos de su padre. Creo que entenderán mi decisión y me apoyarán.

CARMEN. ¿Qué tal le ha ido a su hijo desde que lo cambiaron de instituto? ¿Ha vuelto a tener problemas con sus compañeros?

MARÍA. Pienso que ha reaccionado bien y ha aprendido la lección. He hablado con Javi varias veces para seguir su evolución y ahora parece un muchacho más equilibrado y responsable.

CARMEN. ¿Sólo parece?

MARÍA. Supongo que también influye que haya conocido a una compañera de clase que le gusta mucho y con la que coincide en el club de natación. Ahora tiene nuevos objetivos por los que merece la pena esforzarse y se está dando cuenta de que la violencia solo conduce al fracaso.

CARMEN. ¿Teme que los chicos puedan tomar partido por su padre?

MARÍA. Espero que no porque han tenido tiempo para conocerlo bien, aunque sé que va a ser una situación dramática.

CARMEN. Para ellos es mucho más duro sentir de cerca la tensión que genera el menosprecio porque

apenas si tienen margen de reacción. Cuando hay malos tratos, los hijos son los primeros en captarlos y ellos no tienen a nadie con quien hablar de lo que ven y escuchan. A veces se pueden sentir como los rehenes de un secuestro, y he conocido bastantes casos en que los hijos se creen los culpables de la violencia familiar.

MARÍA. Puede que mi marido trate de influirles mediante regalos o dándoles dinero para que se pongan de su parte, pero no podrá ganarse su afecto porque nunca supo ganarse su confianza.

CARMEN. Debe hablar con ellos sin miedo. No hay que engañarlos con falsas expectativas. Tiene que darles la posibilidad de que se sientan activos y puedan ayudarla. Si se les otorga responsabilidad, los hijos suelen implicarse y pueden contribuir a que la transición sea más llevadera.

MARÍA. Espero que mi marido no reaccioné de una manera extrema.

CARMEN. Cuando un hombre siente que lo ha perdido todo y está desesperado, no es fácil prever su reacción y no es extraño que quiera destruir porque el

odio le impide razonar. El caso de su marido tiene ciertos matices que lo hacen diferente de la mayoría. Él tiene un buen trabajo, una posición social que mantener. Si es medianamente inteligente, se dará cuenta de que es mejor facilitarle el camino porque a él no le será difícil recomponer su vida.

MARÍA. El problema es que él no piensa de la misma manera que usted. Ricardo tiene un pronto muy malo durante el que le resulta imposible razonar. Cuando ha pasado ese momento le temo menos porque no creo se dedique a prepararse para la venganza, pero su arranque sí me asusta porque es imprevisible.

CARMEN. Es necesario que usted se muestre serena cuando hable con su marido. Él debe entender que la separación no supone la quiebra, ni que no pueda ver a sus hijos cuando ellos quieran. Esta no es una guerra en la que haya vencedores y derrotados.

MARÍA. Después de tantos años de sentirme humillada ante él, no me va a resultar fácil mantener la entereza y la calma.

CARMEN. Si duda, si no mantiene la firmeza, es posible que se eche atrás de su decisión y entonces la

situación se volverá en su contra porque el podrá ser mucho más cruel si sabe que usted ha perdido la capacidad de resistirse a su fuerza.

MARÍA. Lo intentaré.

CARMEN. Y no olvide que no está sola, que tiene muchas puertas a las que llamar si la situación se complica.

MARÍA. No lo olvido, pero el miedo tampoco se olvida.

CARMEN. Venga cuando quiera o llámeme en cualquier momento si tiene algún problema.

MARÍA. Lo haré.

María se levanta y se marcha.

CARMEN. (Mientras se cambia de vestuario.) Malos tratos, violencia de género, poco importa cómo se le llame porque el resultado no varía. Como profesional de la psicología tengo que preguntarme cuándo empiezan, cómo se manifiestan, dónde está su origen, cuáles son sus consecuencias y qué medios tenemos a nuestro alcance para evitarlos. Como mujer las pre-



guntas que me hago son diferentes aunque busquen un mismo fin. Se habla mucho de igualdad de derechos, pero la primera palabra a la que tenemos que habituarnos las mujeres cuando nos casamos es resignación; y lo que es más preocupante, somos nosotras mismas las que la pronunciamos, como si no tuviéramos derecho a variar la dirección cuando nos damos cuenta del error que hemos cometido. A los hombres no se les menciona la palabra resignación, a ellos se les dice que rectificar es de sabios. Puede que algún día las mujeres lleguen a ser sabias.

Se marcha.

## CUARTA ESCENA

Entran las dos juntas.

CARMEN. Me preocupaba que llevara tanto tiempo sin venir. Temía que no volviera.

MARÍA. ¿En verdad lo temía?

CARMEN. Pensaba llamarla por teléfono porque me gusta seguir hasta el final los casos que comienzo.

MARÍA. Reconozco que he llegado a planteármelo, pero aquí estoy, aunque no sé por qué he vuelto.

CARMEN. ¿Qué ha ocurrido en las últimas semanas para que parezca tan desilusionada?

MARÍA. Creo que han pasado muchas cosas, aunque puede que nada haya cambiado.

CARMEN. Si no se explica, yo no puedo adivinar.

MARÍA. El último día me fui convencida de los pasos que tenía que dar porque los había repasado en mi mente una y otra vez. La mayor parte los seguí como tenía previsto y parecía que iba a salir bien, pero no sé qué ha pasado para que todo cambie.

CARMEN. Será mejor que cuente lo que ha ocurrido por partes para que pueda entenderla.

MARÍA. (Abatida.) No he sido capaz, he fracasado. Lo he tenido muy cerca y lo he tirado por la borda.

CARMEN. No me gusta hablar de fracaso antes de tiempo, y supongo que si tuviera asumida la derrota no habría venido, se hubiera quedado escondida. Ahora siéntese, trate de relajarse y hablemos con calma de todo lo que ha pasado.

MARÍA. (Después de sentarse.) Cuando llegué a casa buscaba el momento propicio para plantear el tema. Miraba a Ricardo y me daba cuenta de que no tenía sentido seguir a su lado. Los chicos, desde hace bastante tiempo, se pasan la mayor parte del día encerrados en su habitación. Tratan de evitar la convivencia familiar, y no les culpo porque el ambiente es muy tenso y cualquier comentario que hagan puede terminar en bronca.

CARMEN. Antes no había hablado de ese detalle.

MARÍA. Ya no sé de lo que he hablado y de lo que no. Son muchas cosas las que han pasado en tantos

años y no es posible hablar de todas ellas en unas pocas sesiones.

CARMEN. Es igual. Siga.

MARÍA. Un par de días más tarde fui a acompañar a Javi al entrenamiento de natación. Aproveché para hablar con él y tantearlo sobre las opciones que me estaba planteando. Necesitaba saber su opinión, aunque no es fácil expresarle a un hijo los temores que se tienen sobre su propio padre.

CARMEN. ¿Qué le dijo?

MARÍA. Que era muy probable que nos tuviéramos que separar porque la convivencia era imposible. Le dije que a partir de ese momento existían dos posibilidades: por un lado estaba la opción de que su padre lo aceptara y la separación fuera de mutuo acuerdo, y por otra parte cabía la posibilidad de que sé negara y reaccionara con violencia, con lo que nos encontraríamos ante una situación muy delicada para todos. ¿A que no sabe qué me contestó?

CARMEN. No puedo saberlo.

MARÍA. Pues me dijo: «Parece mentira que no lo

conozcas después de tantos años. Papá siempre reacciona de una manera violenta. Con él no se puede hablar porque siempre tiene razón. Él es el único que sabe hacer las cosas bien, mientras los demás somos unos inútiles».

CARMEN. Ya le dije que los chicos lo captan todo y no son fáciles de manipular. Ellos no se rigen por lo que pueda pasar en el futuro ni por mantener las apariencias, sino por lo que sienten en cada momento. Continúe.

MARÍA. Después le dije que si su padre no se atecía a razones todos viviríamos una situación muy difícil en la que tendríamos que elegir, sobre todo él y su hermana, porque tendrían que decidir con quién iban a vivir cuando nos separáramos.

CARMEN. ¿Qué le respondió?

MARÍA. Me dijo que él ya había hablado con Pilar y que ambos tenían muy claro que, en el caso de que hubiera una separación, querrían vivir conmigo porque no se fiaban de su padre.

CARMEN. Supongo que eso le aclararía cualquier

duda que le pudiera quedar y le daría ánimo para seguir adelante.

MARÍA. En principio sí que era positivo, sobre todo después de hablar con Pilar, cuando me confirmó que no se quería separar de mí porque le tenía miedo a su padre.

CARMEN. ¿Habló con su marido?

MARÍA. Sí, al día siguiente lo hice. Aproveché que los chicos no estaban en casa y él estaba viendo un partido de fútbol en la tele. Entré en el salón y le dije que ya no aguantaba más. Estaba decidida a pedir la separación. Le advertí que esa vez iba en serio y no me iba a acobardar por sus amenazas. Ante su silencio inicial, añadí que le tenía más cuenta afrontar la situación por las buenas porque por las malas todos saldríamos perjudicados, sobre todo él.

CARMEN. ¿Cómo reaccionó?

MARÍA. Al principio dijo, con cierta desgana, que no le gustaba perder el tiempo hablando de temas que ya habían quedado zanjados, pero como vio que no estaba dispuesta a dar marcha atrás, me preguntó si

le estaba poniendo los cuernos con otro.

CARMEN. No es extraño que se defiendan atacando porque no se pueden enfrentar a un desafío.

MARÍA. Le dije que no había otro hombre, pero no podía seguir viviendo junto a alguien que me despreciaba y al que sus propios hijos tenían miedo. Entonces se puso rojo y creí que iba a tener una reacción como la del día del instituto. Temí que me llegara a golpear.

CARMEN. ¿Qué hizo?

MARÍA. Dijo que bastantes problemas tenía para que una loca quisiera fastidiarle y utilizara a sus hijos como excusa. Después me dio un empujón y dijo que si estaba tratando de provocarle para que me golpeará y tener argumentos para acusarle ante la policía no lo iba a conseguir, pero me juraba que si iba adelante con la historia de la separación él no iba a ser el único que saliera perdiendo. Las consecuencias iban a ser terribles para cada uno de nosotros, incluidos los chicos, porque él no era de los que se rajaban, y todo le iba a dar igual.

CARMEN. ¿Creyó su amenaza?

MARÍA. Puede que no le creyera, pero le mentiría si le dijera que no tuve miedo.

CARMEN. Es natural tener miedo en un momento tan delicado y ante alguien agresivo que no es capaz de razonar. ¿Qué pasó después?

MARÍA. Llegaron los chicos y se produjo una calma muy tensa. Después de enfrentarme a su autoridad sabía que no podía dormir esa noche en la misma cama que mi esposo porque me daba pánico quedarme sola con él.

CARMEN. ¿Qué hizo?

MARÍA. Me acosté en la habitación de Pilar, aunque no pegué ojo durante toda la noche pensando en lo que se nos venía encima y temiendo que en cualquier momento Ricardo pudiera abrir la puerta del dormitorio y organizar un escándalo. Por la mañana tenía previsto llamar a la abogada para que iniciara los trámites de la separación.

CARMEN. ¿Habló con la abogada?



MARÍA. Cuando me levanté, Ricardo no estaba en casa. Entonces decidí acompañar a mi hija al colegio. Cuando regresé, dispuesta a llamar a la abogada, estaba allí.

CARMEN. ¿Su marido?

MARÍA. Sí, de pie en medio del salón y con los brazos cruzados. Dijo que se había tomado el día libre en el trabajo porque teníamos que hablar con tranquilidad para resolver de una vez por todas el juego que me traía y con el que pretendía desequilibrarlo.

CARMEN. ¿Juego dijo?

MARÍA. Sí, juego. Recuerdo que aunque me sentía débil fui capaz de mirarlo a los ojos y darme cuenta de que él también estaba asustado. Entonces le dije que él era el único que estaba jugando con la vida de su mujer y sus hijos y con su actitud nos había hecho mucho daño. Seguí diciendo que él tenía un buen trabajo y no le sería muy difícil recomponer su vida, mientras para nosotros cada día que pasaba se nos hacía más duro y las fuerzas se me estaban acabando. Le supliqué que nos dejara libres si nos había querido alguna vez. También añadí que no quería nada para mí,

solo lo que le correspondiera a nuestros hijos.

CARMEN. ¿Cómo reaccionó ante sus palabras?

MARÍA. Poco a poco fue cambiando, en la medida en que yo me sentía más segura. Notaba que él se desinflaba, y al final parecía que estaba a punto de claudicar.

CARMEN. No es extraño que asuman el papel de víctimas.

MARÍA. Incluso llegó a pedirme que no le hiciera más daño del que ya le había hecho porque bastante tenía que sacrificarse en el trabajo para sacar adelante a su familia. Parecía que estaba hundido y me suplicó que le diera otra oportunidad.

CARMEN. ¿Usted le creyó?

MARÍA. En ese momento me sentí descolocada porque era una reacción que no esperaba. Parecía que iba a echarse a llorar en cualquier momento, y de hecho lo hizo durante la cena delante de sus hijos.

CARMEN. ¿Se atrevió a llorar delante de sus propios hijos?

MARÍA. Sí. Hasta hizo un emotivo discurso haciendo repaso de lo que había ocurrido durante los últimos años y de todos los sacrificios que tuvo que realizar para que su familia fuera feliz y no nos faltara de nada. En ese momento era un hombre derrumbado y parecía que su arrepentimiento era verdadero.

CARMEN. En situaciones extremas algunos individuos violentos pueden modificar su manera de actuar y convertirse en actores muy convincentes, pero lo que dicen no siempre responde a una reflexión que hayan hecho y a un cambio de actitud, solo al deseo de ganar tiempo para ponerse en ventaja. ¿Qué pasó después?

MARÍA. Le dije que me lo volvería a plantear antes de acudir al juzgado. Su comportamiento cambió de una manera radical. Durante varios días se mostró encantador, parecía que se había dado cuenta de lo que iba mal y trataba de rectificar su conducta. Se interesaba por lo que los chicos hacían, bromeaba con ellos y trató de ayudarme en casa. Ese hombre sí era un padre responsable.

CARMEN. Si dice era, puedo entender que no ha

seguido siéndolo y que ha vuelto a la situación anterior.

MARÍA. Por desgracia tiene razón. El sueño de que se produjera el cambio duró una semana. Poco a poco todo ha ido volviendo a la rutina y ya está tan distante como antes.

CARMEN. ¿Y usted qué ha hecho?

MARÍA. Nada. El problema es que no he hecho nada y me cuesta horrores reiniciar el proceso porque me había empeñado en creer que Ricardo podría ser un buen marido.

CARMEN. No lo entiendo. Le juro que no lo entiendo. Se pasa meses preparándose para enfrentarse a una situación extrema, cuenta con el apoyo de sus hijos y sabe que se siente respaldada desde varias instituciones, y en el momento de la verdad se asusta y reniega de todo lo avanzado.

MARÍA. Puede entenderlo así.

CARMEN. ¿Hay otra manera de entenderlo?

MARÍA. Pienso que después de haberlo visto cam-

biar durante algunos días, me parece que es legítimo creer que mi marido puede convertirse en un hombre diferente y responsable.

CARMEN. ¿Diferente por una semana de tregua?

MARÍA. Tengo derecho a creer que con un poco de paciencia puede cambiar.

CARMEN. Paciencia, paciencia. Usted ya lleva diecisiete años de paciencia y no han sido suficientes.

MARÍA. Parece como si fuera usted la agredida.

CARMEN. No lo soy, pero lo que cuenta es algo que ya he escuchado otras veces, y nunca deja de sorprenderme lo fácilmente que nos convencemos de los milagros mientras no nos fijamos en la realidad.

MARÍA. Seguro que piensa que soy tonta.

CARMEN. No lo pienso, pero hay momentos en los que no debo aceptarlo todo y tengo que buscar otras respuestas que no lleven a la sumisión. Y por eso le digo que si le amenaza todas las semanas con marcharse, y apela al miedo de sus hijos, puede conseguir que al menos durante dos días seguidos su ma-

ruido se acobarde y se porte bien. Hasta que estalle.

MARÍA. (Molesta.) No es poco lo que ya llevo soportado y a veces tengo la sensación de que usted quiere ponérmelo más difícil.

CARMEN. ¿Cree que yo soy perjudicial para su vida?

MARÍA. No sé lo que creo.

CARMEN. Mire, entiendo que ha llegado el momento de que le diga algo que considero muy importante. Yo no le he pedido que venga a verme, yo me limité a ponerle un espejo delante en el que vio que tenía un grave problema en su matrimonio que estaba repercutiendo gravemente en su salud y en el desarrollo de sus propios hijos. Yo no puedo ni quiero imponerle que tome ninguna decisión. Me he limitado a informarle sobre los derechos y las opciones que existen antes de resignarse a soportar un suplicio. No conozco a su marido, aunque sí he conocido casos parecidos al suyo, y sé que cuesta horrores tomar una decisión drástica. En ese grado de debilidad y ausencia de autoestima se puede llegar a pensar que el mero hecho de no ser agredida supone una señal de cambio

por parte del hombre. No sabe bien lo que me gustaría que aquellos individuos que maltratan a sus parejas se dieran cuenta a tiempo de sus errores y fueran capaces de rectificar su actitud antes de que se produjera la ruptura o la tragedia, pero la experiencia me dice que no es lo habitual y puede que se haya dado en contadísimas ocasiones, de las que yo no he conocido ninguna. Yo no cobro por incrementar el número de separaciones, pero tampoco lo hago para servir de almohada cuando solo se quiere llorar. Los cementerios se están llenando con mujeres que se han resignado y han ofrecido una oportunidad tras otra a aquellos que las torturaban. Mi trabajo consiste en detectar un problema y plantearsele a quien no desea verlo. Una vez que se conoce y se saben todas las opciones posibles, yo dejo de ser útil. No sé si me ha entendido.

MARÍA. ¿Está muy enfadada?

CARMEN. No se trata de enfado. Usted me dijo la primera vez que vino que no podía perder el tiempo hablando con una psicóloga. Mi trabajo es escuchar y hablar, pero no dispongo de tiempo suficiente para hacerlo con todas las mujeres que lo necesitan y que sí desean moverse. Creo que con la situación que ha

planteado le puede ser más útil un confesionario que yo, y, mientras tanto, es posible que yo pueda ayudar a otra mujer que lo esté pasando mal y quiera tomar medidas para evitarlo.

MARÍA. Yo sigo dispuesta a tomar medidas.

CARMEN. Entonces piense en lo que ha pasado últimamente, en lo que me ha contado, en lo que hemos hablado aquí, y sobre todo fíjese en sus hijos porque ellos sí que son capaces de observar lo que ocurre a su alrededor y de tomar decisiones.

María se levanta.

MARÍA. Supongo que hemos terminado por hoy.

CARMEN. Por hoy sí, y usted decide si nos volvemos a ver.

María se marcha.

CARMEN. Muchas veces me he preguntado que es la valentía, y reconozco que después de tantos años de pensarlo solo puedo decir que se trata de una cualidad que consiste en hacer lo que se debe hacer aunque duela. A lo largo de cada día todos somos valien-



tes en varias ocasiones y puede que a lo largo de la vida lo seamos en infinidad de situaciones, pero podemos quedar marcados por una sola en la que no lo hayamos sido. También he conocido a algunas de esas personas a las que se llaman cobardes porque dudan ante todo lo que se les propone y parecen incapaces de asumir responsabilidades. Pero cuando se trata de tomar una decisión que debe transformar la vida, prefiero la valentía de los cobardes que la cobardía de los valientes.

Sale.

## QUINTA ESCENA

Entra Carmen, está hablando con el teléfono móvil.

CARMEN. Sí, yo tengo libre el día diecisiete por la tarde para ir a la mesa redonda... ¿Es en el salón de actos?... (Entra María y Carmen le indica que se siente.) El tema parece muy interesante, aunque yo haría especial hincapié en cómo recobrar la autoestima tras la quiebra porque no basta con que la mujer quede libre de su pareja. A partir de ese momento tiene que empezar a reconstruirse como persona... De acuerdo, espero tu llamada con la confirmación. (Apaga el teléfono.)

MARÍA. (Hablando en un tono bajo.) ¿Cómo se recobra la autoestima tras la quiebra?

CARMEN. Perdón, no he escuchado bien.

MARÍA. Por teléfono estaba hablando de cómo se reconstruye una mujer tras la quiebra, y eso es algo que me interesa mucho.

Carmen se queda mirándola fijamente antes de contestar.

CARMEN. ¿Quiere decir...?

MARÍA. Quiero decir que mi situación ha cambiado.

CARMEN. ¿Hasta qué punto?

MARÍA. Hasta el punto de que tengo que empezar a reconstruirme y necesito ayuda.

CARMEN. Vamos por partes. Cuente lo que ha pasado desde que se marchó la última vez.

MARÍA. En verdad el último día me fui dolida porque no sabía qué debía hacer, o sería más correcto decir que sí lo sabía y me sentía cobarde.

CARMEN. Puede que yo fuera demasiado dura.

MARÍA. No, no lo fue. Le agradezco su firmeza y que hablara tan claro. En cuanto llegué a casa y mientras cenábamos todos juntos me di cuenta de la mirada de mis hijos. Ellos sí sabían que había venido a verla. Sus ojos me pedían que tuviera más coraje, que no me rajara, lo que incrementaba el agobio que sentía. Por otra parte, notaba que mi marido se estaba creciendo al verme tan débil y se sabía triunfador de la pugna. Su actuación había dado resultado. Ya no

tenía reparo en aprovechar cualquier situación para humillarme. Me había equivocado al creer que podía cambiar.

CARMEN. En este caso no se trata de acertar o de equivocarse, se trata de la propia supervivencia.

MARÍA. A veces una puede creer que ha tocado fondo y que no puede caer más bajo. Pero lo que yo no sabía es que puede aparecer algo que sea más terrible que lo vivido.

CARMEN. Muy cierto, y a veces es necesario llegar a una situación extrema para que se produzca la reacción. Somos animales de costumbres y podemos habituarnos al dolor cotidiano y hasta somos capaces de considerarlo como algo normal. Si se produce una vuelta de tuerca que nos lleve hasta el límite, nuestros resortes defensivos pueden saltar hasta dotarnos de un coraje que creíamos inexistente y encontrar recursos que nos lleven a la salida.

MARÍA. Ahora sé que tiene razón, que la propia tortura puede ofrecer una vía para la salvación, aunque para ello hay que tener suerte y no sucumbir premiadamente, lo que no es fácil.

CARMEN. ¿Encontró la fortuna?

MARÍA. Sí, la encontré en la soberbia de mi marido.

CARMEN. Explíquese.

MARÍA. Durante el fin de semana siguiente mi hijo participaba en un campeonato de natación con su club y Pilar se marchó con una amiga y sus padres al chalet que tienen en la sierra. Ricardo y yo nos quedamos solos en casa. Supongo que él quería darme la lección definitiva, infligirme el castigo que me anulara para siempre. El sábado por la noche varios de sus compañeros habían organizado una fiesta para celebrar el ascenso de uno de ellos. Pensaban pasarlo a lo grande. Ricardo decidió unir su venganza hacia mí a la propia celebración.

CARMEN. ¿Cómo?

MARÍA. Durante el día habíamos mantenido una agria discusión después de que le dijera que todo volvía a ir mal y que nos estaba engañando. Estuvo a punto de saltar, pero se contuvo y supongo que estuvo pensando en preparar su ataque.

CARMEN. ¿Qué ataque?

MARÍA. Decidió dejarme encerrada en casa. Me quitó las llaves, el teléfono móvil y hasta se llevó el teléfono fijo de la casa.

CARMEN. Pero usted podría gritar pidiendo ayuda.

MARÍA. Antes tomó otras precauciones. Sin que me diera cuenta me lanzó bocabajo en la cama y me ató las manos con una brida de plástico, como esas que los policías utilizan a veces en lugar de las esposas. Después me tapó la boca con esparadrapo y me ató al sillón que él utiliza para ver la tele.

CARMEN. ¿No trató de resistirse?

MARÍA. Al principio lo intenté, pero enseguida me di cuenta de que si me resistía podría llegar a matarme, y lo único que deseaba era que él se fuera.

CARMEN. Continúe.

MARÍA. Cuando me había inmovilizado, me miró con gesto triunfante y me dijo que esperaba que me hubiera vuelto dócil cuando regresara porque de lo contrario podría ser mucho más cruel, y no solo conmigo. Después encendió la televisión y la puso con un volumen bastante alto, supongo que para que los veci-

nos no me pudieran escuchar si hacía algún ruido. Cuando estaba convencido de que yo no podía hacer nada contra él, se marchó echando la cerradura de seguridad en la puerta para que no se pudiera abrir desde dentro. Le juro que no sé lo que pretendía con esa demostración de fuerza bruta.

CARMEN. Supongo que demostrar que era capaz de convertirse en un criminal para que le tuviera pánico y fuera incapaz de oponerle resistencia.

MARÍA. En sus ojos vi que estaba fuera de sí y que no le hubiera supuesto ningún esfuerzo estrangularme.

CARMEN. Pero no lo hizo. ¿Qué pasó después?

MARÍA. No tenía mucho margen para actuar, aunque tenía muy claro que todo lo que fuera a pasar tenía que ocurrir esa noche antes de que regresara. Mi destino y el de mis hijos pasaba porque superara esa prueba. Yo no podía desatarme. Si movía las manos, las bridas se clavaban como cuchillos. La única opción que me quedaba consistía en quitarme el esparadrapo de la boca y gritar pidiendo ayuda.

CARMEN. ¿No podía mover el sillón?

MARÍA. Es muy pesado, y temía que si hacía un mal movimiento pudiera caer y el sillón quedara encima de mí.

CARMEN. ¿Cómo actuó?

MARÍA. Comencé a hacer todo tipo de movimientos con la boca para tratar de ablandar el esparadrapo y mojarlo con la saliva. El esfuerzo era agotador porque los brazos me dolían mucho. Poco a poco conseguí arrastrar el sillón hasta situarlo al lado de la vitrina. La cuerda que me ataba al sillón había cedido algo y pude acercar la cara hasta el tirador de una puerta. Comencé a restregar la cara por el tirador, hasta hacerme varias heridas en la boca, en la mejilla y en la nariz. Le juro que no sé de dónde saque la fuerza y la voluntad para no desfallecer, pero después de varias horas angustiosas fui capaz de quitarme el esparadrapo. Entonces comencé a gritar con todas las fuerzas que me quedaban pidiendo ayuda. En ese momento no me importaba lo que pasara después porque no existía el futuro junto a ese animal. Aunque mis gritos no sonaban con mucha intensidad, el silencio de la



noche contribuyó a que algunos vecinos los escucharan y llamaran a la policía. Poco después comenzaron a golpear la puerta hasta que forzaron la cerradura. Varios policías entraron en el salón y me desataron. Me preguntaron si necesitaba asistencia médica y les respondí que bastaba con limpiarme las heridas y que solo podría descansar cuando se llevaran detenido a mi marido. Una agente se quedó conmigo tomándose declaración mientras otros vigilaban los alrededores del piso por si llegaba Ricardo.

CARMEN. ¿Regresó esa noche?

MARÍA. Debía faltar poco para el amanecer cuando escuché gritos en el portal. Habían detenido a mi esposo. Estaba borracho como una cuba y llevaba una bolsa que contenía los teléfonos y las llaves. A él se lo llevaron a la comisaría mientras a mí me acompañaron hasta la habitación de un hotel, donde un médico me dio un tranquilizante para que pudiera dormir durante unas horas.

CARMEN. ¿Cuándo vio a sus hijos?

MARÍA. El domingo por la tarde nos reunimos los tres en casa. Nos abrazamos y lloramos, aunque ape-

nas si hablamos de lo que había pasado porque no era necesario explicarlo. Sabíamos que se cerraba una etapa llena de dolor y que se abría otra que sería muy compleja, pero que no estaría guiada por el miedo.

CARMEN. ¿Durmieron esa noche en su casa?

MARÍA. Sí, la policía envió por la mañana a un cerrajero que arregló la puerta y cambio la cerradura. Mi marido seguía detenido y no había peligro. Esa noche los tres pudimos descansar juntos.

CARMEN. ¿Qué sucedió después?

MARÍA. Desde el primer momento la abogada se encargó de acelerar todos los trámites. Yo no he tenido que enfrentarme cara a cara con Ricardo. Espero no hacerlo hasta que llegue el juicio porque no tengo nada que hablar con él.

CARMEN. En el fondo ha tenido suerte de que la policía lo pillara infraganti.

MARÍA. Mucha suerte. Eso ha evitado que el proceso sea más lento y complejo.

CARMEN. ¿Qué hicieron con su marido?

MARÍA. Sé que a los dos días salió en libertad condicional con una orden de alejamiento. Yo empaqueté todas sus cosas para que se las llevaran a la pensión donde se había instalado.

CARMEN. ¿Él sigue trabajando?

MARÍA. Sé que debido a su historial, su empresa le ha ofrecido la oportunidad de rehabilitarse trasladándolo a otro supermercado que se encuentra a más de quinientos kilómetros con la condición de que no vuelva a molestarnos.

CARMEN. Eso está bien. Es importante que tenga una opción laboral para que no se obsesione con el deseo de venganza.

MARÍA. Espero que la aproveche.

CARMEN. ¿Cómo están sus hijos?

MARÍA. Por ahora están muy bien y pendientes de mí. Me cuidan mucho y yo estoy muy orgullosa de ellos, del coraje y la valentía que están mostrando. En cuanto a la opción que tomen sobre su padre, tendrán que decidir ellos, pero sé que por ahora no tienen ningún interés en verlo.

CARMEN. ¿Y usted cómo se siente?

MARÍA. Me siento muy activa, a pesar de que todavía miro a mi espalda y a los lados cuando salgo a la calle. Supongo que sigo teniendo miedo de encontrarlo en el portal o en cualquier esquina, pero ya no me paraliza.

CARMEN. ¿Se ha planteado su futuro?

MARÍA. A través de la asociación he empezado a hacer un curso de formación profesional, y me lo paso bien en las clases. Puede que dentro de un par de meses ya esté trabajando.

CARMEN. ¿Dónde?

MARÍA. Eso por ahora no me preocupa. Mientras me sienta viva y esté con mis hijos seré feliz con cualquier ocupación.

CARMEN. Supongo que los dolores y la ansiedad ya habrán desaparecido.

MARÍA. Sí, ya no siento ningún dolor. Cuando me despierto no me encuentro agotada, y me levanto con ilusión porque sé que me quedan muchas cosas her-

mosas por hacer.

CARMEN. Me alegro mucho de verla tan diferente a como llegó.

MARÍA. ¿Puedo llamarte Carmen?

CARMEN. Por supuesto.

MARÍA. Siempre nos hemos visto dentro de este despacho. Yo venía buscando consuelo para mi desgracia y alivio para el dolor, mientras tú me has provocado para que no me resignara al fracaso.

CARMEN. Esa es mi labor.

MARÍA. Puede que sea tu labor, pero ha contribuido a que yo tenga vida.

CARMEN. Eso hace que en ciertas ocasiones me sienta orgullosa de este trabajo.

MARÍA. Ahora no quiero hablar de trabajo. Quiero saber si tienes tiempo y aceptas que te invite a tomar un café en la terraza de abajo. Es agradable estar al sol y hablar de otros temas que no tengan que ver con el dolor.

CARMEN. Sí, tengo tiempo y me apetece tomar un café contigo.

Salen y la luz se apaga.